



III. *Visión de Anáhuac*

TRAS ese primer choque o toma de contacto con el ambiente, de que es testimonio el libro *Cartones de Madrid*, instalado ya con mi familia, aunque modestísimamente, en la calle de Torrijos, el recuerdo de las cosas lejanas, el sentirme olvidado por mi país y la nostalgia de mi alta meseta me llevaron a escribir la *Visión de Anáhuac* (1915).

En el departamento de al lado, Jesús Acevedo labraba por aquellos días sus breves imágenes literarias, y especialmente, aquella paginita que llamó *Corrientes oceánicas* y que yo mismo me sentí deseoso de evocar junto a la *Visión de Anáhuac* en las notas que consagré a su recuerdo ("Notas sobre Jesús T. Acevedo", *Simpatías y diferencias*, 2a. ed. II, p. 294).*

La *Visión* apareció primeramente en "El Convi-

* Este artículo de Acevedo se publicó bajo el título de *La llegada del Galeón* en la revista madrileña *Alrededor del Mundo*, según creo recordar. Genaro Estrada, *Nuevas notas de bibliografía mexicana* (1954), p. 5, lo llama *La Nao*, y tal vez tenga razón; pero considere que es el único capítulo publicado hasta hoy del libro inédito que Acevedo dejó a su muerte, y para el cual, a modo de prólogo, yo escribí las notas a que arriba me he referido. La verdad es que Acevedo llegó a publicar algunos otros fragmentos, todos de 1915. Yo, al menos, guardo en mis archivos *Las Tres Gracias* (impresiones sobre cuadros del Museo del Prado), *Paisaje del Este* (citado en mi anterior capítulo, a propósito de la "Plaza de Toros" de Diego Rivera) y *Paisaje del Oeste*. ¿No habrá un amigo piadoso que recoja estas deliciosas acuarelas?

HISTORIA DOCUMENTAL DE MIS LIBROS

Por Alfonso REYES

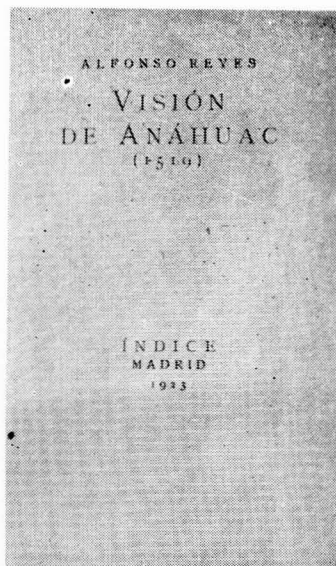
vio" de Joaquín García Monge (San José de Costa Rica, 1917). Aquel in-

comparable amigo y benemérito americano me seguía por todas partes con sus envíos y me hacía llegar sus publicaciones puntualísimamente.

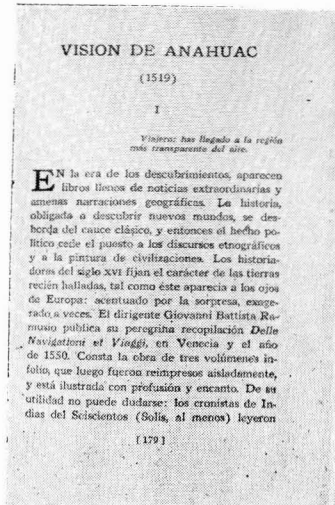
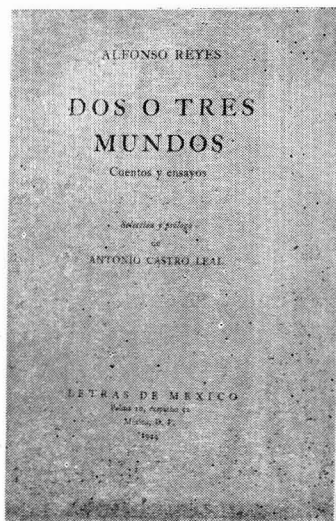
La segunda edición fue el número inaugural de la colección "Índice" que comenzamos a publicar en Madrid Juan Ramón Jiménez y yo el año de 1923. Más adelante me explicaré al respecto.

La tercera consta en el volumen *Dos o tres mundos*, pequeña selección de mi prosa bautizada y preparada por Antonio Castro Leal para "Letras de México" (1944, pp. 179-218), a la cual ya me he referido.

La cuarta edición (México, 1953), donde hice ya algunos leves retoques, fue provocada por haberse adoptado la obra como texto para las máximas oposiciones de Francia: la "agregación de español".

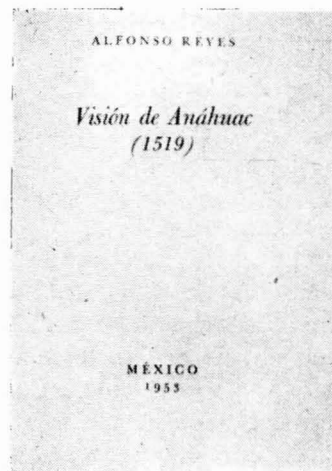


Fotografía de A. R., 2ª edición



En "Dos o tres mundos"

La poetisa y crítica Mathilde Pomès, que ha traducido mis versos y mi prosa y varias veces me ha dedicado comentarios tan benévolos como inteligentes, quedó encargada de explicar el texto a los



candidatos, lo que es una suerte para mí. Las consultas que a este fin me ha dirigido hicieron nacer las presentes páginas, y de allí surgió esta historia de mis libros que voy redactando poco a poco.

Por último, el presente año de 1955 me encuentro con una inesperada quinta edición, al incorporarse mi opúsculo íntegro en una antología de la prosa moderna organizada por el señor Serrano Poncela para la Universidad de Puerto Rico, cuyas publicaciones dirige mi buen amigo Francisco Ayala. Esta antología ha sido impresa en México por los excelentes talleres de Rafael Loera y Chávez. Dado el objeto y el origen de la edición, me fué muy grato autorizarla.

Joaquín García Monge puso al frente de su edición ciertas palabras tomadas del prólogo con que Francisco García Calderón presentó mis *Cuestiones estéticas* y de un artículo que éste había enviado al *Figaro* de La Habana por febrero de 1914. El 10 de marzo de 1917 me remitió los primeros diez ejemplares, disculpándose de que, en la página 7, renglón 4o., dijera: "La historia, obligada a descubrir nuevos mundos...", donde mi original decía: *describir*. Me gustó la errata, y la adopté decididamente en las posteriores ediciones.

Yo he sufrido mucho con las erratas. Toño Salazar me ha hecho una caricatura en que me presenta como un San Sebas-

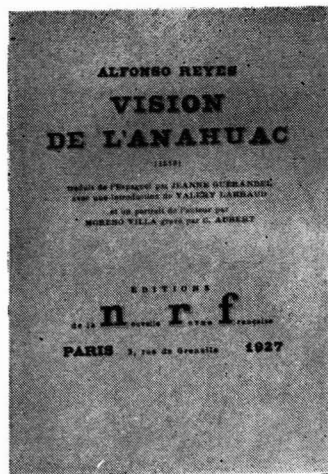
tían acribillado de flechas, que son erratas. Ya he dicho que el libro *Huellas* ("colección de erratas con algunos versos", según Ventura García Calderón) me metió en cama con fiebre. Pero también debo a las erratas algunos involuntarios aciertos, como el que acabo de mencionar. Véase sobre esto mi artículo "Escritores e impresores" en *La experiencia literaria*.

A los comienzos del ensayo (pp. 12 a 14 de aquella edición, y 14 a 17 de la 4a., la que hoy recomiendo), desde "El viajero americano" hasta "donde el aire se purifica", aproveché, con ligeros cambios, fragmentos que datan de 1911 y que constan, bajo su primera forma, en mi conferencia sobre *El paisaje*.

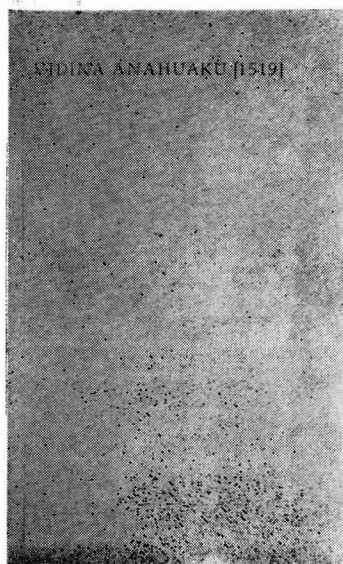
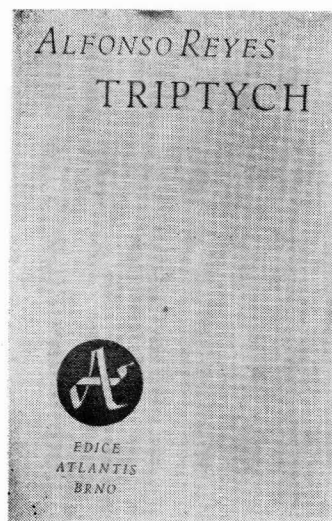
Fuentes principales: las *Cartas de relación* de Cortés; la *Historia verdadera de la conquista*, Bernal Díaz del Castillo; y la *Crónica del Conquistador Anónimo*, que ahora resulta una invención del Ramusio; lo cual, por suerte, para nada afecta mi ensayo.

En la primera edición (1917), constaban también algunas de mis fuentes modernas: Fueter, sobre la transformación del género histórico; y Hörschelmann, sobre la representación de la flor en la pictografía indígena; pero suprimí ambas citas en las subsiguientes ediciones por una observación que me hizo, en carta privada (París, 20 de marzo de 1917), el hispanista francés Raymond Foulché-Delbosc, sobre la inconveniencia de perturbar con estas citas la evocación, la imagen del siglo XVI, en una obra de carácter no erudito o documental, sino exclusivamente artístico. Esto aparte, la obra sólo fué realmente advertida por la crítica en la segunda edición (Madrid, "Índice", 1923).

Entre los años de 1921 y 1922, Juan Ramón Jiménez y yo llegamos a pu-



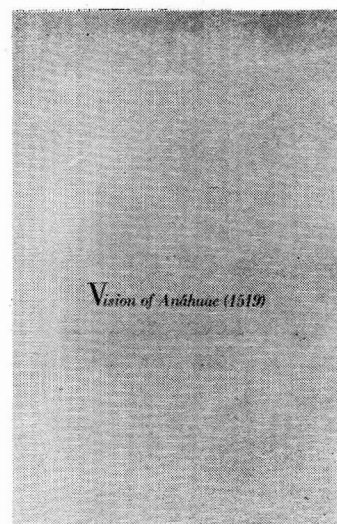
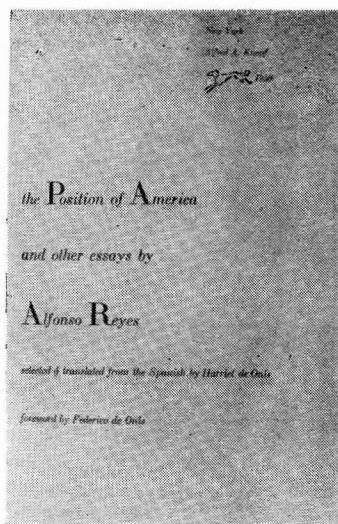
A R. por Moreno Villa



blicar hasta cuatro números de una revista cuyo nombre se ha popularizado después. La revista se llamaba *Índice*, se deseaba hacerla aparecer mensualmente, tenía cierta calidad de transparencia, cierta condición de aérea vivacidad, vertiginosa y saludable, como todo aquello en que Juan Ramón pone la mano. La impresión era pulquísima y fina, obra de García Maroto, que hoy es ya todo un mexicano. En aquellos cuadernos escribían solamente los jóvenes o los juveniles, y algunos hicieron allí sus primeras armas. Entre sus firmas, amén de

Díez-Canedo y yo inventábamos cartas cambiadas entre el Greco y don Luis de Góngora, un debate medieval entre Don Vino y Doña Cerveza, nos reíamos de los que discutían en serio nuestros documentos imaginarios, hacíamos un palmo de narices al "espíritu de pesadez". (Ver: *Burlas literarias*, Archivo de Alfonso Reyes: B-1, México, 1947, donde reproduzco esos juegos). Guarden la revista quienes tengan la suerte de poseerla, que es ya una curiosidad bibliográfica.

A la revista sucedió, en 1923, la Biblioteca de *Índice*, que como he dicho se



las consagradas y conocidas (Juan Ramón, Antonio Machado, "Azorín", Ortega y Gasset, Díez-Canedo, Pedro Henríquez Ureña, Moreno Villa, Gómez de la Serna, Adolfo Salazar, Corpus Barga) se estrenaban, o se estrenaban casi, las de Pedro Salinas, Antonio Espina, José Bergamín, Jorge Guillén, Federico García Lorca, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Marichalar. *Índice* no ofreció programa: demostraba el movimiento andando. Recogía páginas selectas, españolas y universales. Cada número llevaba un suplemento humorístico y caprichoso con un dibujito a colores: "La rosa de papel", "El lorito real", "La sirenita del mar", y en el 4º número, un trazo de Wladyslaw Jahl. En los suplementos, E n r i q u e

inauguró con la segunda edición de mi *Visión de Anáhuac* y cuyos sucesivos volúmenes son: Bergamín, *El cohete y la estrella*; Góngora, *Fábula de Polifemo*, que yo preparé; Espina, *Signario*; Benjamín Palencia, *Niños*, colección de dibujos; y Pedro Salinas, *Presagios*. El nº 6, que se anunció y nunca llegó a publicarse, iba a ser un tomo de Rubén Darío, *Cartas y versos a Juan Ramón Jiménez*.

Recordaré, por su orden, los principales juicios sobre esta segunda edición, que, naturalmente, no me propongo copiar íntegros:

Era necesaria la impresión totalizadora del poema, ajeno al engorro del análisis y del dato, pero agudo y pleno de emotivas esencias. Esto ha conseguido A.

R.: un cuadro, una proyección vivaz y lírica del legendario valle de Anáhuac. La obra está concebida y escrita con una sorprendente, diríamos, *puntualización* de estilo... exactitud verbal, dinamismo, equilibrio fonético, elasticidad.—Antonio Espina. (Semana *España*, Madrid, 31 de agosto de 1923).

A. R. es un trasmutador de la emoción lírica en emoción geográfica... A. R. ha tallado con su visión, sobre la piedra de Anáhuac, el camafeo mexicano —cosas y hombres— que descubrieron los centauros extremeños.—Corpus Barga. (*Revista de Occidente*, Madrid, julio-septiembre de 1923, 1, 2).

Mais voici que l'érudit et poète A. R., dont j'ai déjà étudié l'oeuvre, nous offre un petit livre, *Vision de Anáhuac*, où se trouvent de précieux éléments de folklore. Certes, c'est un ouvrage d'érudition et d'évocation ou l'auteur déploie son savoir et su don lyrique, mais qui abonde en détails sur les moeurs et les arts des anciens aztèques.—Francisco Contreras. (*Mercure de France*, París, 15 de octubre de 1923).

El opúsculo de R. es una evocación del antiguo imperio azteca tal como lo hallaron los conquistadores españoles, trazada con finura y curiosidad literaria y la preparación erudita para las disciplinas históricas que el autor reúne.—E. Gómez de Baquero. ("La América vieja y la América nueva". *El Sol*, Madrid, 31 de octubre de 1923).

A. R. quatinque vive a Madrid (o forse perchè vive a Madrid?) non può scórdare di essere messicano...—Mario Puccini. (*Il Secolo*, Milán, 9 de noviembre de 1923).

"Azorín", tras una alegoría gracianesca, diálogo entre el extranjero blanco y el nativo cobrizo, escuchado por un león, un caimán, un lobo, una serpiente y un águila, e interrumpido por la aparición de dos multitudes encontradas, dice:

A. R., el fino erudito —artista y erudito— acaba de publicar un libro singular. Se titula *Vision de Anáhuac* (1519). El libro de R. es una descripción espléndida de la Nueva Es-

paña en los tiempos de la conquista. La prosa del autor se desenvuelve precisa, limpia, vivamente coloreada. Asistimos materialmente a una vida que no hemos vivido... Españoles y americanos tenemos nuestros antecesores en los hombres que pacientemente, a lo largo de los siglos, han labrado una civilización... A. R., en el epílogo breve y elevado de su *Vision de Anáhuac*, llega a una conclusión de humanidad, de piedad y de independencia. Merece plácemes nuestro amigo. Y merece aplausos sinceros por la labor tan limpia y amorosa que realiza día por día, de informar al público de su patria del movimiento intelectual español. Hombres como A. R., honran a su patria nativa y a la tierra española. ("Imitación de Gracián". *A. R. C.*, Madrid, 28 de noviembre de 1923).

Y al día siguiente, me explicaba por carta: "Celebro que le haya gustado mi alegoría. La he escrito con verdadero cariño. Hubiera yo querido precisar un poco más. Al hablar de las dos muchedumbres que avanzan, en una hubiera hecho ver "reflejos de razas"; en la otra, "lanzas y ballestas". Y antes hubiera también evocado —levemente— las hogueras de la Inquisición (para España) y los sacrificios humanos (para México). No lo he hecho por temor a las dos censuras: la del periódico y la gubernativa. Pero acaso lo haga cuando recoja en volumen el artículo." Ignoro si lo habrá recogido. En la colección de Aguilar no lo encuentro, a menos que le haya cambiado el título o que yo haya buscado mal en esos tomitos de tan arduo manejo y de papel tan delgado.

Esta alegoría de "Azorín" despertó la curiosidad de Federico García Sanchiz, quien, encontrándose en París, me pidió el libro al mes siguiente, y luego me escribió una larga y sabrosa carta de que entresaco esta observación ingeniosa: "Claro que también usted ve, contempla, analiza el espectáculo

antiguo con ojos actuales. No hace un proceso, como "Azorín". Sencillamente, *complejamente*, hace una perspectiva adecuada a las circunstancias... Un detalle del libro lo explicará como una imagen: la *Vision* se refiere a 1519, y está fechada en 1915... Con los mismos números, distintas cifras, cantidades. Este juego vale por el otro."

Por el amor que muestra a la tierra mexicana, nos transporta a las páginas tan olvidadas y plenas, sin embargo, de un sublime mexicanismo, del Nigromante o de don Justo Sierra. El estilo de R. en la *Vision de Anáhuac* alcanza toda la nobleza de aquellos de nuestros mejores escritores que han trabajado por descubrir la rica alma de nuestro pueblo. Nota anónima. (*Conozca usted a México*, marzo de 1924).

Norberto Pinilla califica la *Vision* como obra de un humanista poético y elogia la prosa en que está escrita. (*El Liberal*, Santiago de Chile, 24 de diciembre de 1933).

La 4ª edición (1953) fué saludada con unas generosas palabras de Gabriel Arroyo, donde ofrece al lector un breve resumen bien calculado para despertar el apetito. (*Todo México*, 1º de abril de 1954).

La *Vision* ha sido fragmentariamente traducida varias veces: 1) Al inglés: en *Edna Poets*, 1932; y en *The Position of America and Other Essays*, trad. Harriet de Onís (New York, A. A. Knopf, 1950). 2) Al alemán, trad. Inés E. Manz (*Berliner Lokal-Anzeiger. Unterhaltungs-Beilage*, Berlín, 23 de julio de 1932). 3) Al checo, por Zdenek Smid, con otras páginas más de *La Saeta* y *La Caída* reunidas en el libro *Tribtvyh* (Brno, Atlantis, 1937). 4) Al francés (íntegra), que he dejado para el fin aunque sea anterior, por las reseñas que menciono a continuación. La des-

cripción es la siguiente:

Vision de l'Anahuac (1519), trad. Jeanne Guérandel, introd. de Valery Larbaud, portrait de J. Moreno Villa, gravé par C. Aubert. París, Edit. de la *Nouvelle Revue Française*, 1927, 62 pp.

Jean Cassou hizo algunos retoques a la traducción. Yo recibí el tomo cuando me encontraba ya en Buenos Aires (20 de abril de 1928), aunque la obra se empezó durante mi segunda permanencia en París, donde residí desde fines de 1924 hasta el 21 de marzo de 1927.

En su introducción, Larbaud decía (traducimos):

La breve *Vision de Anáhuac* es, bajo la forma de un tratadito histórico, un verdadero poema nacional mexicano. Es la descripción minuciosa como en los cuadros de Breughel, de la antigua ciudad de México, tal como ella apareció a los ojos de los conquistadores. También es una descripción lírica, y de un lirismo emparentado con el de Saint-John Perse: gran poema de colores y hombres, de monumentos extraños y de riquezas acumuladas; en suma, la verdadera "visión" ofrecida por el autor, en todo su brillo y su misterio.

Las siguientes citas dan testimonio de la acogida que el libro tuvo en Francia:

Le Mexique, c'est l'Egypte des Amériques comme le Pérou en est l'Inde. Sur les hauts lacs, la capitale aztèque offre la réplique monumentale des Pyramides. R. évoque telle qu'elle apparut aux conquérants espagnols dans sa poésie et son réalisme. Il a réussi là un rare mélange des *Millet-une-Nuits*, et d'évocation quotidienne, de fantastique et de vérité, imaginé un procédé heureux dont l'application —si elle était possible— aux vieilles choses d'Occident en renouvellerait sans doute l'aspect et le sens de la manière la plus imprévue. Benjamin Crémieux. (*La Nouvelle Revue Française*, París, Febrero de 1928.)

México —dice Jean Cassou—, y la prueba es

la *Visión* de A. R., está llamado a dar la poesía original que se espera de los países nuevos. Larbaud comparaba la obra con los cuadros de Breughel, con los poemas de Saint-Perse. Y concluye:

Libro minucioso, sutil, oloroso y denso, que termina en una nota melancólica, evocación de toda una lírica perdida con el desaparecido imperio azteca. (*Las Nouvelles Littéraires*, París, 24 de marzo de 1928.)

Estas semejanzas entre la *Visión* y los poemas de Saint-John Perse han sido interpretadas como una influencia directa de mi libro sobre el poeta francés por Juan José Domenchina. ("A. R. y su *Visión de Anáhuac*", en *Hoy*, México, 22 y 29 de junio de 1940.) No sé si opinó lo mismo, consultado por Domenchina, nuestro Octavio Barreda, traductor mexicano de la *Anabase*.

Todo es posible: la prioridad corresponde a mi libro (1917 y 1923), puesto que la *Anabase* es de 1924 o fines del año anterior. El caso no sería deshonroso para ninguno (y para mí, al contrario), puesto que sería el caso de una mera influencia de atmósferas. Pero no hay que fingir hipótesis, no hace falta admitirlo: cada uno por su sendero.

Respecto a la intención del libro, he escrito en carta a Antonio Mediz Bolio (Deva, 5 de agosto de 1922):

Yo sueño —le decía yo a usted— en emprender una serie de ensayos que habían de desarrollarse bajo esta divisa: *En busca del alma nacional*. La *Visión de Anáhuac* puede considerarse como un primer capítulo de esta obra, en la que yo procuraría extraer e interpretar la moraleja de nuestra terrible fábula histórica: buscar el pulso de la patria

en todos los momentos y en todos los hombres en que parece haberse intensificado; pedir a la brutalidad de los hechos un sentido espiritual; descubrir la misión del *hombre mexicano* en la tierra, interrogando pertinazmente a todos los fantasmas y las piedras de nuestras tumbas y nuestros monumentos. (*Simpatías y diferencias*, 2ª ed., México, 1945, II, pp. 264-264.)

Algunos se inclinan a considerar la *Visión* como mi poema por excelencia; otras optan por la *Ifigenia cruel*, que no es evocación del pasado o del ambiente geográfico, sino mitología del presente y descarga de un sufrimiento personal. Entre aquellos, recientemente, Octavio Paz, en el prólogo de la *Anthologie de la Poésie Mexicaine* (París, 1952), donde considera este ensayo como "un gran fresco en prosa".

Y yo, por mi parte, creo que mi premio ha sido el que todos repitan y hayan convertido en proloquio las palabras con que se abre mi libro: "Viajero: has llegado a la región más transparente del aire". Pero estas palabras, justas todavía para la diamantina meseta, ¿siguen siéndolo, en especial, para la ciudad de México y sus alrededores? ¿Quién, al volver de Cuernavaca por el Ajusco, no ha visto con pena ese manchón de humo, de bruma y de polvo posado sobre la ciudad? Han cambiado un poco las cosas desde 1915; y en 1940 tuve que escribir la "Palinodia del polvo" (*Ancorajes*, 1951), que se abre con este lamento: "¿Es ésta la región más transparente del aire? ¿Qué habéis hecho, entonces, de mi alto valle metafísico?"

(Viene de la pág. 6)

milia. Fueron muy raras las personas que llegaron a descubrirlo, y ninguna de éstas perduró en nuestra amistad. Al principio se llenaban de estupor, luego se movían llenas de desconfianza, por último desertaban haciendo comentarios poco agradables, discutiendo si estábamos bastante locos y mucho más cuando una de mis tías contó que mi papá tenía guardado en un estuche de seda, el ombligo de una de sus hijas. Y era cierto. Ahora yo lo conservo; es pequeño como un caballito de mar y no lo tiro porque a lo mejor me perrenece.

Pasó el tiempo y crecimos todas. Mis padres ya no estaban entre nosotros; pero nos seguíamos cambiando de casa, y empezó a agravarse el problema de la situación de Mariquita.

Tomamos un señorial caserón en ruinas, con grietas que anunciaban su demolición. Para tapar las bocas que hacían gestos en los cuartos, distribuimos pinturas y cuadros en los huecos, sin interesarnos si el lugar era artístico, sino con el único empeño de olvidar el derrumbe. Cuando la rajadura era larga como túnel, la cubríamos con algún gobelino en donde las garzas que nadaban en "punto de cruz" añil hubieran podido excursionar por el hondo agujero. La casa, que como to-

HISTORIA DE MARIQUITA

das las de esa calle, tenían obligación de conservar su fuente, alrededor de la cual un corredor en escuadra repartía las piezas, no escapó a nuestro delirio de grandeza; dímosle una mano de polvo de mármol al desauciado cemento de la fuente, quedando lamentable, el blanco cascarón sin suerte. En la parte de atrás, donde otros pondrían gallinas, hicimos un jardín a la americana, con su pasto, su pérgola blanca y una variedad de enredaderas y rosales que nos permitió desfogar nuestro complejo residencial. La casa se veía muy alegre; pero así y todo había duendes. Cuando por excepción se escuchaba un minuto de silencio, sonaba una descarga de charolas y cristales, ocasionando el bailoteo de todos los candiles. Corríamos por toda la casa sin descubrir nada. Nos fuimos acostumbrando y cuando esto se repetía no hacíamos el menor caso; pero nuestras sirvientas buscaban la explicación e inventaron que la culpable era la niña que escondíamos en el ropero; que en las noches su fantasma recorría todas las casas de la cuadra. Se empezó a correr la voz y a crearnos el compromiso de tener

que dar explicaciones; y como todas éramos solteras con bastante buena reputación, se nos puso muy difícil. Fueron tantas las habladurías, que ya la única decente resultó ser la niña del bote a la que siquiera no le levantaban calumnias.

Para enterrarla se necesitaba un acta de defunción, pero ningún médico quería darla. Mientras tanto, la niña que llevaba tres años sin cambiar de agua, se había sentado en el fondo del frasco definitivamente aburrada. El líquido amarillento le enturbiaba el paisaje.

Decidimos enterrarla en el jardín. Señalamos su tumba con una aureola de mastuerzos y una pequeña cruz como la de un canario.

Ahora hemos vuelto a mudarnos de casa y yo no puedo olvidarme del prado que encarcela su cuerpecito. Me preocupa saber si existe alguien que cuide el verde Limbo donde habita y si en las tardes todavía la arrullan las palomas. Cuando contemplo el familiar estuche que la guardó 20 años, se me nubla el corazón de una nostalgia como la de aquellos que conservan una jaula vacía, y se me agolpan las tristezas que viví frente a su sueño. Reconstruyo mi soledad y descubro que únicamente ella, ligó mi infancia para siempre a su muda compañía, que ya se desvanece en mis recuerdos.